

**GARCÍA MORIYÓN, FÉLIX:** *La educación moral, una obra de arte*, PPC, Madrid, 2021, 152 pp.

La educación formal es una tarea eminentemente moral y, en la medida en que se pretende para toda la población infantil y juvenil, constituye también una empresa política. Esta es la idea central defendida por Félix García Moriyón en su última obra *La educación moral, una obra de arte*. Su dilatada experiencia docente en los niveles de enseñanzas obligatorias y postobligatorias, unida a una ingente producción investigadora en el ámbito de la educación y formación del profesorado, capacitan al autor para realizar una sólida reflexión sobre la situación actual de la educación formal de nuestro país, poniendo especial énfasis en la figura del profesorado. En las siguientes líneas se destacan las principales temáticas desarrolladas en torno a este eje central.

(1) Un difícil equilibrio en el proceso de subjetivación.

Para desarrollar esta tesis, su autor dedica los dos primeros capítulos a reflexionar sobre la razón de ser de la educación formal. Desde que el Estado asumió la tarea educativa en nuestro país mediante la configuración de un sistema educativo, el papel de la familia y de la Iglesia católica en la labor pedagógica ha quedado relegado a un segundo plano. Si bien este cambio tiene su razón de ser en razones históricas más o menos conocidas y aceptadas, como el éxodo rural o el crecimiento del sector servicios, no deja de generar evidentes tensiones. Dichos conflictos vienen marcados por el cometido decididamente moral de la educación, que debe capacitar a los individuos a definirse como personas, lo que es tanto como responder a la cuestión moral sobre qué clase de persona queremos ser y a la pregunta política acerca de la clase de mundo en el que queremos vivir (p. 15). Se trata

esta de una pregunta que tienen que hacerse todos los agentes implicados en una comunidad educativa y, por ello, la respuesta se antoja radicalmente dilemática. De un lado, el proceso de elegirse como sujetos, solo adquiere sentido en una sociedad determinada con unas normas establecidas que hay que conocer. En este sentido, la autodeterminación crítica propia del proceso de subjetivación requiere, indefectiblemente, del conocimiento de normas y usos sociales, es decir, de ciertos procesos de disciplina biopolítica normalizadora, en términos foucaultianos. La sombra del adoctrinamiento planea así sobre la idea de una educación que se garantiza como un derecho, pero que, al mismo tiempo, constituye un deber para la ciudadanía.

Además, el proceso de subjetivación adolece de cierta contradicción en el seno de nuestro sistema educativo: el mismo derecho a elegirnos como personas es, al tiempo,

alentado cuando se promueve la igualdad de oportunidades y traicionado en la consolidación de un sistema meritocrático que legitima la desigualdad. Cuando esto último ocurre, se desecha el valor intrínseco del proceso educativo en detrimento del resultado final (llámese calificación, titulación, certificado, etc.), sin duda, dotado de un gran valor extrínseco pero vaciado de dignidad.

De otra parte, el pluralismo resultante de esta libertad en la autodeterminación nos expone a los riesgos del relativismo epistemológico y moral, así como a un individualismo radical. En nuestro caso, este pluralismo cristaliza en una sociedad altamente secularizada y globalizada, cuestión que ocupa un lugar destacado en esta obra.

Tales son las tensiones inherentes en el proceso educativo de la autodeterminación como personas, que conviene tener siempre presentes para no caer en cualquiera de los extremos y ser capaces de si-

tuarnos en un prudente equilibrio.

(2) Valores morales fundamentales en sociedades pluralistas y secularizadas.

Una posible salida al individualismo radical y al relativismo moral surgido ante la aceptación de múltiples formas de ver el mundo y vivir la vida pasa por la aceptación de una serie de valores compartidos y la convicción de que pueden ser priorizados por su importancia sobre el resto. En este sentido, es de común aceptación que la libertad es el primero de los valores universales, condición necesaria, si bien no suficiente, para el desarrollo de sociedades democráticas y abiertas. Con este punto de partida, la aproximación más completa al conjunto de valores universales hasta la fecha la encontramos en la Declaración Universal de los Derechos Humanos, proclamada por la organización de las Naciones Unidas. Su ratificación por la casi totalidad de los países del mundo reduce

el riesgo de parcialidad o de incurrir en propuestas localistas. Lamentablemente, no elimina los problemas de manera definitiva: muchos son los comportamientos morales que quedan fuera de esta declaración u otras y que afectan a la construcción de nuestras identidades. Además, lo que a un nivel teórico no genera fricciones, sí lo hace cuando hablamos de políticas educativas concretas.

(3) Una formación moral del profesorado deficitaria: retos y alternativas.

Llegados a este punto, García Moriyón pone de manifiesto un problema no menor en el corazón de la educación formal: si esta constituye un acontecimiento moral, el profesorado, que es uno de los actores principales que la dispensa, debe tener una formación moral adecuada. Desgraciadamente, no existe una propuesta al respecto, ni en la formación inicial del profesorado, ni en el ámbito de la formación continua. Esto supone una evidente falta de

valoración por parte de las políticas educativas de la importancia de la formación moral del profesorado.

Aun así, no está todo perdido. A falta de un itinerario formativo adecuado, el autor apela a dos aproximaciones fundamentales para la capacitación moral del alumnado. La primera es la ejemplaridad del profesorado, quien con su práctica cotidiana debería convertirse en una referencia moral para su alumnado. El profesorado debe, así, hacer de cada clase que comparte con su alumnado “un acontecimiento dotado de sentido” (p.92).

Relacionado con esto, la educación moral pasa por la construcción del aula como comunidad de investigación ética y la escuela convertida en proyecto global de educación moral. Escapar del manido estilo docente basado en una concepción bancarizada del saber para convertir creativamente el espacio y tiempo de clase. A máximos, convertir la vida de todo el centro

educativo en un lugar donde el alumnado recupere su curiosidad interrogadora, donde se promuevan dinámicas colaborativas en la construcción del conocimiento, donde el profesorado colabore con el alumnado en procesos de investigación encaminados en la búsqueda del sentido y de la verdad.

(4) La educación moral: una obra de arte.

Todo este entramado de cuestiones imbricadas en un difícil equilibrio en el ámbito de la educación, asuntos nunca resueltos pero tampoco amortizados, llevan a García Moriyón a concluir que la educación moral es una obra de arte. Y lo es porque la práctica docente implica grandes dotes de creatividad. Cada clase debe convertirse en un acto único e irrepetible, lo que supone mucho más que el dominio técnico en el ámbito didáctico. Es el acto en el que confluyen la unidad, la verdad, la bondad y la belleza y que justifica que, aún hoy, en un mundo fuertemente tecni-

ficado y mercantilizado, estar en clase sea algo que siga mereciendo la pena.

Cabe destacar, como una constante presente toda la obra, el esfuerzo de García Moriyón por ofrecer una visión esperanzadora y realista de la educación, que no rehuye de los aspectos aporéticos inherentes a la educación moral de las personas, pero no cae por ello en la desesperanza. La educación moral de las personas es un hecho, si bien los avances en esta materia son modestos. En la obra se recogen algunas de las muchas limitaciones de la agencia educativa, sin renunciar a un compromiso moral, que se mantiene intacto. Frente a un proceso de secularización progresivo en el que acechan formas de individualismo en lo sociopolítico y relativismo en lo moral, la defensa de unos valores morales universales y priorizados. Frente a la idea de una enseñanza excesivamente burocratizada donde el profesorado queda como mero “dispensador de

currículo” (R. Pring) y facilitador de contextos de aprendizaje, la defensa de su participación activa en el proceso de construcción de la subjetividad de su alumnado. Frente a un modelo meritocrático y credencialista de sociedad, la defensa de políticas educativas legítimas que consigan adaptarse a las necesidades y capacidades de cada persona para garantizar la igualdad de oportunidades para la creación de proyectos personales de vida plena.

El reconocimiento de la impronta moral de la educación formal supone, en definitiva, una apuesta por un modelo de enseñanza que, con sus luces y sombras, promueve una ciudadanía libre y democrática. De este modo, sitúa García Moriyón su propuesta en el entorno de una concepción humanista e ilustrada de la educación en la que los niños y niñas nunca dejen de preguntar en el proceso de construcción de su identidad.

PABLO LÓPEZ DE LEYVA  
Universidad de Granada

**GARCÍA VÁZQUEZ, ANA ISABEL:** *Aprendiz de Filosofía*, Alfaguara- Penguin Random House Grupo Editorial, Barcelona, 2022, 60 pp.

*Aprendiz de Filosofía*, con el subtítulo *Las grandes preguntas de la filosofía para mentes curiosas*, lleva en su bella portada una declaración de intenciones. Si “Filosofía” significa “amor a la sabiduría”, ser aprendiz de filosofía nos coloca en situación de que se puede aprender a amarla, y este aprendizaje se va a hacer a través de las preguntas. Si hay mentes con curiosidad garantizada para preguntarse, estas son las de los niños y las niñas.

La autora de esta atractiva obra, Ana Isabel García Vázquez, profesora de Filosofía y presidenta del Centro estatal de Filosofía para Niños, sabe muy bien cómo fomentar la curiosidad infantil para cultivar la actitud filosófica. Desde el buen maridaje de la filosofía y la infancia nos hace una propuesta cuidada, suge-

rente y didáctica para personas a partir de ocho años.

El libro sigue la línea cronológica de la historia de la filosofía presentándonos a diez mujeres y diez hombres que nos ayudan a pensar y a pensarnos. Desde Tales de Mileto, Sócrates o Hipatia de Alejandría, pasando por Voltaire o Kant, hasta Hannah Arendt, Adela Cortina o Martha Nussbaum; entre otros. Filósofos y filósofas que fueron aprendices y que invitan a la infancia a cuestionarse.

Pero lejos de que tales figuras resulten imponentes, les da voz en primera persona para que les hablen de tú a tú a los niños y a las niñas, les cuentan lo que “se les pasó por la cabeza” y se lo compartan desde la cercanía de las palabras, con el convencimiento de que en las infancias lectoras y preguntonas revolotean inquietudes similares: cómo ser felices, qué pasa si otros opinan diferente a ti; qué está bien y qué está mal; cómo ser más justos; por qué cuidar el planeta, etc.

Ana Isabel García Vázquez articula la estructura del libro con la maestría de quien construye puentes. Cada capítulo pivota en torno a un filósofo o filósofa de quien destilla una pregunta de cabecera.

Tras ese interrogante inicial, nos encontramos una viñeta con menores y adultos, muestra de diversidad, que interactúan entre ellos en una situación con la que cualquier niño o niña puede identificarse y que ilustra la pregunta de encabezamiento.

De esa viñeta, se siguen directamente otras preguntas que interpelan a la infancia, buscando su complicidad en las experiencias vividas y abriendo así la puerta a la indagación a través de reconocerse en los mismos cuestionamientos. Además, ahí la autora añade flexión al puente con un desafío a atreverse. A atreverse a conocer a un filósofo o a una filósofa, a un amante de la sabiduría, con quien los menores comparten curiosidades.

Es entonces cuando la autora, siempre bajo la forma de la lechuza de Minerva, nos hace las presentaciones sin recrearse en alturas biográficas, sino en un ejercicio de refinada selección, resaltando aquello que empata especialmente con la pregunta de encabezamiento; para pasar a que el filósofo o a la filósofa que cimienta el capítulo le hable directamente a la infancia.

Pero aún queda el paso fundamental: ahora le toca a los niños y a las niñas atreverse a pensar por sí mismos a través de cuatro preguntas finales que representan el despliegue de la pregunta de cabecera y que chispearán en sus mentes curiosas.

Todo este trazado lo hace Ana Isabel García Vázquez con amable fluidez, encarnando narrativamente las ideas de la paritaria selección de relevantes filósofos y filósofas y vinculándolas con las preguntas que darán lugar a diálogos críticos, creativos y éticos. Con el acierto de atreverse ella misma a promover

que las infancias dialoguen con la provocación de aquellas personas que también fueron en su momento menores y aprendices de filosofía, antes de ser dedicados amantes de la sabiduría.

El libro presenta una edición exquisita, recreada con delicadas y sugerentes ilustraciones de Celeste Mür, que invitan a imaginar y a explorar.

Es un libro para tejer redes entre las infancias, entre los menores y los adultos, para generar diálogos en familia, para filosofar en contextos escolares o en otros posibles escenarios donde se encuentren las mentes curiosas. Es un precioso libro para hacer florecer la curiosidad. Un libro para aprendices, para aprender a mirar y para pensar dando forma a los mundos que compartimos. Para dejarnos seducir desde la infancia por el amor a la sabiduría, ensayando en el taller de sus páginas, las mejores formas de vidas posibles.

FÁTIMA ÁLVAREZ

Escuela de Pensamiento Libre